



*Las señales del cuerpo emocionado.
Un entrelazamiento entre semiótica
y análisis del discurso*

JOSEFINA VILAR ALCALDE

Universidad Autónoma Metropolitana

RESUMEN. Partiendo de la reflexión de Patrick Charaudeau sobre la emergencia de las emociones en los discursos enmarcados socialmente, el artículo propone incluir en el análisis del discurso los recursos del pensamiento semiótico, particularmente la operatividad de los signos indiciales porque permiten dar cuenta de la intención comunicativa del cuerpo emocionado.

PALABRAS CLAVE: *discurso, semiótica, emociones.*

RESUMO. Considerando a reflexão de Patrick Charaudeau sobre o surgimento das emoções em discursos socialmente enquadrados, o artigo propõe incluir na análise do discurso os recursos de pensamento semiótico, principalmente a operação de sinais indiciais que permitam entender a intenção comunicativa do movimento de corpo emotivo.

PALAVRAS CHAVE: *discurso, semiótica, emoções.*

ABSTRACT. Following Patrick Charaudeau's reflections about the emergence of emotions in socially framed discourses, this article proposes that the analysis of semiotic resources should be included in discourse analysis, particularly the operation of indexical signs that allow for the identification of the communicative intention of the sensitive body.

KEY WORDS: *discourse, semiotics, emotions.*

Introducción

Este artículo se concentra en una cuestión central planteada por Patrick Charaudeau (2011): ¿Pueden las emociones ser objeto de estudio específicamente del lenguaje a partir de una problematización discursiva? Charaudeau responde afirmativamente y lo ilustra mediante el análisis de la presencia de las emociones en el discurso populista. Nuestro autor empieza por distinguir el punto de vista del análisis del discurso de los de la sociología y la psicología, sea ésta la psicología social, la psicología diferencial o el psicoanálisis.

El punto de vista de un análisis del discurso no puede confundirse totalmente ni con el de la psicología..., ni tampoco con el de la sociología... El análisis del discurso tiene como objeto de estudio el lenguaje en tanto que produce sentido en una relación de intercambio, que es en sí mismo signo de alguna cosa que no

Recibido: 18 de septiembre de 2013 • Aceptado: 10 de febrero de 2014.

está en él y de la cual es, sin embargo, portador. De ahí que el *miedo*, por ejemplo, no se ha de considerar en función de la manera en que el sujeto lo manifiesta por su fisiología, ni como una categoría *a priori*..., ni como el síntoma de un comportamiento colectivo..., sino como *signo de lo que puede sucederle al sujeto* por el hecho de que él mismo sería capaz de reconocerlo como una ‘figura’, como un discurso socialmente codificado que, como lo propone Roland Barthes [1984:254], le permitiría decir ‘¡Esto es justamente el miedo!’ o simplemente ‘¡Tengo miedo!’ Este punto de vista se asemejaría, entonces, al de la retórica de los *efectos* que está puesta en marcha por categorías del discurso que pertenecen a diferentes órdenes... en los cuales habría, entre otras cosas, una ‘tópica’ de la emoción que estaría constituida por un conjunto de ‘figuras’. Pero veremos que aunque este punto de vista concierne a la retórica, esta última debe ser completada por una teoría del sujeto y de la situación de comunicación (Charaudeau, 2011: 100-101).

En otro lugar (Vilar, 2009) afirmé que ocuparse de la expresión de las emociones es una tarea que cae de lleno en los terrenos de la ambigüedad, y que es conveniente permanecer en ella el mayor tiempo posible a medida que la reflexión avanza. Cualquiera que intente una aproximación bibliográfica a este objeto constatará que es estudiado, no sólo por distintas perspectivas de la sociología y la psicología, sino también por la biología (Charles Darwin publicó en 1872 *The expression of the emotions in man and animals*) y las neurociencias, de lo cual me ocuparé más adelante. Esta situación implica encarar el estatuto de algunas oposiciones conceptuales que, desde mi punto de vista, no deben ser reducidas a un solo término. No creo que haya siempre que escoger entre sociología o psicología; tampoco entre ciencias sociales o ciencias de la naturaleza; y mucho menos entre semiótica o análisis del discurso. Desde mi perspectiva, el problema radica en avanzar en un punto de vista propio integrando enfoques distintos sin hacer que ellos pierdan su coherencia específica.

De este estado de la cuestión se derivan algunos equívocos, como el uso que hace Charaudeau de la palabra *lenguaje*. ¿Alude nuestro autor sólo a la lengua hablada y escrita, o también a otros conjuntos de signos?, como pueden ser los que conforman “el lenguaje de los ojos” que el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE, 2014) incluye en la definición. En este caso, el equívoco consiste en estudiar el lenguaje verbal como el único que “produce sentido en una relación de intercambio”, ya que hay otros procesos semióticos que también llevan “alguna cosa que no está en los signos, de la cual son, sin embargo, portadores” (Charaudeau, 2011: 101). Por eso creo que las emociones sí deben ser consideradas por los signos icónicos expresados en su fisiología y también “como *signos de lo que puede sucederle al sujeto*”, es decir en tanto índices o señales de alguna cosa. De cualquier modo, estamos entonces en terrenos abonados por distintos enfoques semióticos y semiológicos, como son entre muchísimos otros, los de Peirce (1974), Greimas y Fontanille (1994) y Barthes (1984), citado éste último por Charaudeau.

1. *Intencionalidad, sistemas de creencias y representaciones sociales*

Del pensamiento de Patrick Charaudeau antes expuesto se desprende que los signos que se relacionan con la expresión de las emociones corresponden de alguna manera con el concepto de *figura* de la retórica clásica, la cual prescribe que la obligación del orador es conmover a su auditorio para convencerlo de algo. Se trata entonces de un cálculo y una puesta en escena. En esta retórica que Charaudeau llama de los *efectos*, expuesta por Aristóteles, Cicerón y Quintiliano, según anota Raul Dorra (2011: 149-196), las figuras son agrupadas por *tópicos* (τόποι), lugares comunes dispuestos en una serie de fórmulas y clichés. Una de estas series de figuras retóricas conforma lo que se conoce como la *tópica de la emoción*.

Patrick Charaudeau (2011: 101) se interesa en lo que él llama los *efectos de emoción* presentes en el discurso advirtiéndolo que:

No se perderá de vista lo que proponen esas otras disciplinas en la medida en que ponen en evidencia los mecanismos de la intencionalidad del sujeto, aquellos de la interacción social y la manera en que se construyen las representaciones sociales... Por lo tanto, quisiera basarme en los debates... que se han dado en esas diferentes disciplinas... De esos debates voy a extraer tres puntos que parecen tener consenso entre los sociólogos, los psicólogos sociales y los filósofos, y que me parecen esenciales para un tratamiento discursivo de la cuestión: las emociones son de orden *intencional*, están ligadas a los *saberes de creencia* y se inscriben en una problemática de la *representación psicosocial*.

Es cuestionable que exista un consenso entre sociólogos, psicólogos sociales y filósofos sobre el tema que estamos tratando. Véase por ejemplo la aproximación fenomenológica de Jean-Paul Sartre (1994). Es cierto que la sociología y la psicología que estudian las acciones guiadas por intereses parten de la idea de una conciencia intencional. Se trata de un tema de primerísima actualidad, tanto para las neurociencias, como para el cognitivismo y la “filosofía de la mente” (Maturana, 2012; Solms y Turnbull, 2005). Sin embargo, me parece que el problema para la sociología y la psicología social tiene que ver, no sólo con el acceso a los datos, sino también con una insuficiente elaboración sobre las relaciones entre el aparato psíquico y el comportamiento social, particularmente en cuanto al estatuto de lo inconsciente. Dicha elaboración permitiría tomar partido sobre la conformación psicológica, neurológica o no, de las intenciones, los hábitos, las rutinas del pensamiento, los comportamientos sociales, etcétera.

Como bien dice Charaudeau (2011: 101), el planeamiento de la retórica clásica tiene que “ser completado por una teoría del sujeto y de la situación de comunicación”, porque ¿de qué sujeto estamos hablando?, ¿del “individuo” de la psicología o del “actor” de la sociología del comportamiento? Creo que aquí cabe hacer referencia a Mijail Bajtín (1982: 248-293), para quien los componentes

constitutivos del enunciado-discurso son tres y atraviesan siempre la totalidad del mismo: a) el hecho de estar siempre *a la espera de una respuesta*, b) el de *incluir siempre una intención* y c) el de que el enunciado es *siempre expresivo*.

La espera de una respuesta es la característica principal de todo hecho discursivo. La observación sobre la alternancia entre el destinatario y el enunciante es en sí misma una *teoría del sujeto*. En ella, una primera intencionalidad del enunciado se corresponde con la aparición del *dixit conclusivo* que indica al “tú” que le toca convertirse en el “yo” del aparato formal de la enunciación (Benveniste, 1991: 82-90). Para Bajtín, esta clase de intencionalidad discursiva se manifiesta en una cierta expresividad relacionada con los juicios de valor y con los sentimientos. Avanzando en los postulados del formalismo ruso, Roman Jakobson (1963: 214-215), encuentra que todo acto de comunicación cumple con una o más de seis funciones, jerarquizadas en el acto a partir de una que es dominante porque cumple con la intencionalidad discursiva global señalada por Bajtín. Dos de estas funciones importan particularmente para el análisis de las emociones intencionales: la función emotiva y la función conativa o persuasiva.

Michail Bajtín sostiene además que los enunciados adquieren su pleno sentido ligados a un sistema de géneros en una cultura dada, y que las características del enunciado se encuentran invertidas en el género, en el cual el estilo en buena medida se hace cargo de la expresividad, o sea de los sentimientos y los juicios de valor (Bajtín, 1982: 248-293). La pertinencia de tomar en consideración la problemática de los géneros es porque en ellos se distingue previsiblemente una carga importante de las intenciones, y porque ellos mismos conforman una parte no desdeñable del contexto de los discursos. Esta concepción coincide con la de Charaudeau (2003: 149-164), quien actualiza la problemática para explicar el discurso informativo en los medios de comunicación modernos. Por mi parte (Vilar, 2005), sostengo que los géneros del discurso se van forjando en los distintos campos socio-culturales: el político, el publicitario, el de la ficción, el académico, etcétera.

Las apuestas, intereses e intenciones son distintos al interior de cada campo y de cada género. Convencer mediante una retórica de los efectos de la emoción interesa sin duda a los campos de la publicidad y de la propaganda política. En ellos los sujetos se dedican consciente y profesionalmente a montar puestas en escena estratégicas para provocar efectos particulares de emoción en los destinatarios. Pero creo que no se puede decir que todas las emociones son intencionales.

2. Una semiótica de las emociones

Charaudeau plantea que:

Se puede resumir este recorrido de las ciencias sociales modernas sobre el concepto de emoción de la siguiente manera:

Las emociones pertenecen a un ‘estado cualitativo’ de orden afectivo porque se derivan de un sujeto que experimenta y resiente estados eufóricos/disfóricos relacionados con su fisiología y sus pulsiones.

Pero al mismo tiempo, las emociones pertenecen a un ‘estado mental intencional’ de tipo racional, dado que apuntan hacia un objeto que es figurado por un sujeto que tiene una visión del mundo, que juzga ese mundo por medio de valores que constituyen un consenso social, constituyen saberes de creencia en imaginarios sociodiscursivos que sirven como soporte disparador de un cierto cualitativo del sujeto y de una reacción en su comportamiento.

Las emociones se encuentran, entonces, en el origen de un ‘comportamiento’ en tanto que se manifiestan mediante las disposiciones de un sujeto, pero al mismo tiempo están controladas (incluso sancionadas) por las normas sociales que provienen de sus creencias (Charaudeau, 2011: 107-108).

Quedan así aceptadas las premisas del psicoanálisis y de las neurociencias de que las emociones pertenecen a un orden afectivo en la dicotomía primaria freudiana placer/displacer encarnada en la fisiología del cuerpo de los sujetos sociales. Sin embargo, a Patrick Charaudeau no le interesan demasiado estos “hechos científicos” y se traslada rápidamente a la consideración de que las emociones también son racionales en la medida en que apuntan a un *objeto figurado* por un sujeto que juzga el mundo de acuerdo a valores consensuados socialmente y a creencias imaginarias. Las emociones se encuentran entonces en la base del comportamiento, pero están controladas por las normas sociales que a su vez provienen de las creencias.

Se puede afirmar, como bien dice Charaudeau, que las emociones son un asunto del cuerpo sensible. Son inefables en el sentido de que sólo pueden ser nombradas asumiendo el costo de perder su parte más importante: la mudanza sensorial y anímica del cuerpo que las percibe. En efecto, las emociones son un asunto del cuerpo, y describirlas mediante el lenguaje verbal o algún otro medio de representación simbólica implica haber dejado atrás, en términos del pensamiento de Charles Sanders Peirce (1974), los signos icónicos e indiciales con los que de manera fugaz sólo por momentos el arte consigue reproducirlas. Cuando nos empeñamos en explicarlas, penetramos en el orden de la Terceridad propuesto por este autor, propio del símbolo y el argumento hablado, del que me ocuparé más adelante.

Para Peirce (1974), el ejercicio de la acción humana está dividido en tres grandes órdenes o dimensiones interconectados entre sí. El de la estética, que es el dominio de la experimentación sensorial y artística; el de la semiótica, que comprende el universo de todos los signos posibles; y el de la pragmática que se ocupa de la acción humana orientada a fines. Las emociones y las sensaciones son del orden de la estética, a la que también Peirce denomina “Primeridad” (*Firtness*) al “impulso ciego”, el que no está reprimido, En ella se ubican los signos icónicos: los que denotan al objeto que se representa a sí mismo. La “Segundidad” (*Secondness*) supone el encuentro de dos objetos

dispuestos como reacción de la experiencia y corresponde a los signos indiciales: aquellos que apuntan a un objeto que no está incorporado al signo, como la nube que anuncia que va a llover, o una huella que revela el paso de un animal. La “Terceridad” (*Thirdness*) consiste en la elaboración simbólica producida exclusivamente por la cultura humana a través de los tiempos. Los símbolos por excelencia y los más poderosos son los del lenguaje verbal porque en ellos se puede argumentar, pero las imágenes pertenecen a un orden muy activo para la cultura y la imaginación.

Volveremos más adelante con este modo de pensamiento terciario, pero resumamos antes que la intencionalidad pragmática de los signos peirceanos buscará provocar acciones correctas moralmente, justificadas cuidadosamente por medio de argumentos bien contruidos. Cuando no es así, es porque la producción simbólica está tendiendo trampas al pensamiento por un uso deficiente de los procedimientos lógico-demostrativos.

Vemos entonces que este tipo de abordaje considera tanto la emergencia espontánea de las sensaciones biológicas, como su uso estratégico con fines sociales y nos permite pensar en los dos o tres extremos del triángulo peirceano: las sensaciones, los signos y las intenciones. La expresión de las emociones se encuentra, entonces, en un cruce vital entre naturaleza y cultura, entre vida animal y vida humana, entre afección y espontaneidad, todo ello mediado por distintas clases de procesos semióticos. Las emociones son íconos de ellas mismas cuando se muestran en gestos y posturas del cuerpo de los sujetos. Las emociones también son índices de que algo está pasando o puede pasar, tanto al sujeto que las expresa, como al que las observa. Finalmente, las emociones son objeto de infinidad de elaboraciones simbólicas artísticas, publicitarias, científicas, etcétera.

Estas consideraciones suscitan una serie de preguntas básicas: ¿Las emociones son una categoría *a priori* de la vida humana? ¿Son un síntoma que indica que algo está sucediendo o va a suceder? **¿Cuáles son los comportamientos** emotivos aprobados o reprobados socialmente? ¿En qué medida y en qué situaciones se puede controlar las emociones? Pero, en última instancia, ¿cómo abordar estos sentimientos o sensaciones desde un punto de vista operativo para el análisis del discurso? Por lo pronto, del pensamiento de Patrick Charaudeau podemos extraer una primera conclusión a favor de la conveniencia de articular el pensamiento semiótico con el del análisis lingüístico del discurso porque los conceptos de objeto figurado y de imaginario social (imágenes imaginadas) han sido muy estudiados por distintas formas de aproximación semiótica. Sin embargo, la presuposición, correcta desde mi punto de vista, sobre el encadenamiento emociones-discurso-comportamiento requiere de ciertas precauciones pues, como dice Eliseo Verón (1996: 20):

Los problemas metodológicos son extremadamente complejos porque se refieren a la conceptualización de procesos no lineales que llevan de las estrategias emer-

gentes identificables en los discursos... a las estrategias individuales de producción de sentido en la recepción de los individuos. Desde que introduje [en 1988] la distinción entre producción y reconocimiento, he insistido en el desfase entre ambos polos, y en la indeterminación relativa que caracteriza la circulación discursiva... una gramática de producción y varias gramáticas de recepción. Ahora bien, la indeterminación entre producción y reconocimiento es probablemente distinta de la indeterminación relativa entre niveles de análisis... que implica metodológicamente la intervención de procesos aleatorios...

La situación definida por la imposibilidad de deducir el efecto de un discurso a partir de su análisis en producción, se parece mucho a una situación que hoy es conocida de los físicos que se ocupan de los sistemas complejos. El observador de un sistema alejado del equilibrio y próximo a un 'punto de bifurcación' es capaz de predecir *la clase* de fenómenos que podrá observarse después..., pero no la *configuración específica* que se producirá.

Al respecto, Gutiérrez y Plantin (2010) plantean sus conclusiones con cuidado en cuanto al alcance de los efectos producidos por las estrategias argumentativas identificadas en el análisis que ellos hacen de las emociones. En los términos de Verón arriba citados, se trata de que del análisis "en producción" no se pueden inferir, pero sí predecir, las configuraciones de sentido que se establecerán en el polo de la recepción.

En el caso de la emoción analizada en este spot, el miedo es construido tanto a partir de las imágenes, el sonido y el discurso verbal... Como señala Martín Salgado al hablar de la propaganda negativa: 'Pese a las críticas la mayoría de los consultores políticos creen que un buen ataque puede ser el mensaje más eficaz para ganar las elecciones'... Este análisis trata de poner en ejecución un análisis fenomenológico de la argumentación que no recurre al término de falacia... El programa crítico hacia el cual nos orientamos sería más bien de inspiración brechtiana. Se trata, por el análisis, de producir un efecto de distanciamiento... frente a frente... Sostenemos que esta perspectiva abre vías para la educación (Gutiérrez y Plantin, 2010: 67).

Esta posición parece acertada porque no podemos olvidar que el miedo es una emoción primaria que, en los animales y el hombre, induce hacia tres respuestas emocionales (Solms y Turnbull, 2005: 128, 135, 278). Una es la de estupor o parálisis que puede servir para pasar desapercibido y para preparar las otras dos respuestas del cuerpo emocionado: huir del enemigo o enfrentarlo por medio de la agresión. Si esto es así, sólo los estudios de la recepción revelarán, en el caso del miedo usado en la campaña electoral examinada por Gutiérrez y Plantin quienes decidieron: a) No salir a votar, quedarse quietos para controlar el miedo; b) Votar a favor de la opción sugerida por los spots; c) Reafirmar combativamente su decisión en contra de quienes elaboraron la campaña del miedo. Y es que no podemos olvidar que los televidentes saben más de lo que creen muchos analistas, no sea más que por pasar mucho tiempo mirando la pantalla.

Es por eso que la campaña del miedo estudiada por Gutiérrez y Plantin tal vez avivó en algunos televidentes el rechazo y el hartazgo hacia un sistema de comunicación que los trata como a menores de edad, y en otros una salida a votar en contra del objeto que produce miedo. En otras palabras, tendríamos que separar el análisis de lo que consideramos la producción de efectos deseados por el sujeto productor del discurso, de los efectos producidos en los receptores según un análisis de su discurso y de su comportamiento.

3. *La neurociencia de las emociones*

Pero, ¿qué son las emociones? Las definiciones varían, como para cualquier palabra, dependiendo del contexto en que es pronunciada. El Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española (2014) dice que se trata de la “alteración del ánimo intensa y pasajera, agradable o penosa, que va acompañada de cierta conmoción somática”. También de “el interés expectante con que se participa en algo que está ocurriendo”. Su etimología se origina en el verbo latino *emovere*: remover, mover, sacudir, hacer salir.

Estas definiciones nos llevan a reconocer que el cuerpo es el lugar privilegiado, tanto para sentir las emociones, como para expresarlas. En esta medida, se vuelve necesario acercarse a ellas sucintamente desde el punto de vista de la neurobiología. Para esta disciplina, la experiencia de las emociones involucra conjuntos de sensaciones y de cogniciones conscientes e inconscientes que se mezclan con la percepción de las situaciones, y de esta manera influyen en el comportamiento de los sujetos.

Se puede afirmar que la definición más exacta de las emociones proviene de la investigación reciente en las neurociencias que, en equipos interdisciplinarios formados por neurólogos y psicoanalistas, abordan el problema tomando en cuenta las hipótesis neurológicas de Freud, tal como es explicado por Solms y Turnbull (2005). Coincidiendo con la etimología de la palabra, estos autores explican que las emociones son procesos que salen del cuerpo (*e-movere*) en dirección a algún objeto (de deseo o de repulsión), o en sentido inverso, proceden de algún objeto y sacuden al cuerpo.

Las emociones son... una modalidad sensorial dirigida internamente que ofrece información acerca del estado actual del yo corporal, en contraste con el estado del mundo exterior... Se trata de un sexto sentido: la sexta modalidad de los *cualia*, la que no proviene de ninguno de los cinco sentidos... Las emociones son el aspecto de la conciencia que queda si se eliminan todos los estímulos derivados del exterior... Son modalidades de percepción interna que se desplazan a través de ‘mapas del cuerpo’... Lo interesante es que los sistemas neuronales generadores de emoción del cerebro son idénticos a los que organizan el estado basal de la conciencia.

Quizás la más importante de estas estructuras es la sustancia gris periacueductal (SGPA) [que] tiene una organización columnar vertical... dividida en dos tipos

generales [de columnas]: unas generan sensaciones *agradables* y otras generan sensaciones *desagradables*... Es importante anotar que *dolor* no es sinónimo de *desagrado*. [Éste último] denota un sentimiento *emotivo*... en tanto que ‘dolor’ es una submodalidad de *sensación somática*. La organización de las dos columnas de sustancia gris correspondería con el principio de placer y el principio de displacer de Freud...

El aspecto perceptivo de las emociones tiene un efecto compulsivo... No podemos simplemente [sentirlas, sino que] nos hacen *querer* hacer algo... El aspecto motor de las emociones involucra procesos de descarga dirigidos hacia dentro y hacia fuera. En el primer caso, la experiencia de las emociones está acompañada de la liberación de hormonas, cambios de frecuencia cardíaca y respiratoria, vasodilatación y vasoconstricción, cambios en el flujo sanguíneo regional, etc. Externamente, las emociones se manifiestan de varias maneras: por medio de cambios en la expresión facial, enseñar los dientes, llorar, sonrojarse y cosas parecidas, pero también en comportamientos complejos como gritar, correr y golpear” (Solms y Turnbull, 2005: 107).

Sobre este aspecto perceptivo y motor de las emociones-sensaciones, los autores señalan que, aunque no siempre es fácil distinguir a todas, algunos sucesos hacen sentir *a todo el mundo* prácticamente de la misma manera y provocan actuaciones de manera estereotipada, como si tuvieran un significado universal. Solms y Turnbull llaman “emociones básicas” a estas reacciones afectivas universales porque están relacionadas con un patrón de supervivencia de la especie humana que ha evolucionado pero que se encuentra muy arraigado en los genotipos de la clase biológica de los mamíferos. Se trataría, entonces, no sólo de saberes sociales, sino también de saberes ancestrales y espontáneos arraigados en la naturaleza fisiológica humana.

Charles Darwin sistematizó en 1872 una explicación biológica de la existencia de las emociones y para qué sirve expresarlas y es admirable cómo sus principales tesis siguen vigentes. Para él, “el discurso emotivo” (sic) obedece a la ley general de que un sentimiento es un estímulo para la actividad muscular (Darwin, 2009 [1872]: 35). La intención automática es la de defender a los miembros de la especie porque, cuando sobrepasa un determinado umbral, la emoción puede transformarse en acción corporal. Es por eso que, desde el punto de vista de la evolución, las emociones son útiles, lo cual explica que el mismo estado de ánimo se exprese con notable uniformidad en todo el mundo y confirma que la estructura corporal y la disposición mental en el género humano son heredadas filogenéticamente. Ello no impide, sin embargo, que la expresión de las emociones pueda ser aprendida mediante la repetición de ciertos hábitos. Un ejemplo de ello se observa en las rutinas de los animales domésticos que comunican a sus amos distintas calidades emocionales.

Dado que estos patrones emocionales básicos pueden ser informados y explicados en el ser humano por informes verbales subjetivos, aparece el problema de dar cuenta cómo es en cada caso la articulación del lenguaje hablado con los

signos que no lo son (íconos e índices según Peirce), signos que expresan los *qualia* sensoriales de los cuerpos emocionados y que, por medio de la empatía, reenvían a la reciprocidad sensitiva entre sujetos en un marco de interactividad. En efecto, las emociones son inteligibles intra e inter subjetivamente porque se expresan desde un sujeto para sí mismo y para otros sujetos. Por esta razón, pueden considerarse como *una clase particular de fenómenos comunicativos que responden a reglas que podrían ser universales, o genéricas, a la vez biológicas y semióticas*.

4. *El triple orden de la semiosis social*

Existen diversas tradiciones de estudios semióticos que abordan el estudio de los signos de la emoción que pueden convenir a la disciplina del análisis del discurso. Mencione al principio a Greimas (1994) que estableció una semiótica muy poderosa y preocupada por el aspecto sensible de los signos y por el cuerpo que los percibe y los siente, como explica Raul Dorra (1994).

Dado que la semiótica de Charles Sanders Peirce suministra un estatuto fundamental al movimiento teórico que va de la sensación y la experiencia hacia la lógica y la semiótica para convertirse en acción pragmática, y que su teoría del funcionamiento tripartita de los signos (ícono, índice y símbolo) permite explicar en menor medida el abordaje de los estados emocionales. En adelante me remitiré a su propuesta de la cual se deduce la propuesta de Eliseo Verón, un sociólogo y semiólogo actual.

A partir del pensamiento de Peirce, Eliseo Verón (1995: 222-223) ha elaborado una interesante propuesta sobre una dimensión particular de la interacción social, aquella que está soportada en las relaciones de los cuerpos de los sujetos en la escena social. Para aceptar o rechazar esta propuesta, es necesario entender el funcionamiento de los signos indiciales. Advierte Verón que en el estudio de los procesos de la semiosis social hay que tener cuidado en no establecer comparaciones entre materias definidas en un plano sensorial y materias que ya han sido investidas por un conjunto de reglas que las convierten en *materias significantes*, sobre las cuales se puede aplicar por otro nivel de reglas, como son las de la enunciación. En otras palabras, es necesario detectar lo que él llama *operaciones trans-lingüísticas* que vuelven disponibles a las sustancias naturales para recibir otros niveles de operaciones, a partir de los cuales se podrá estructurar el sujeto humano en el interior de la red socio-discursiva.

Esta distinción es particularmente importante para descubrir las particularidades semióticas de los fenómenos llamados analógicos o icónicos. Para ello, dice Verón (1995: 222-223), habrá que superar una serie de binarismos habituales en las teorías de la comunicación, la semiología y la lingüística. Uno de ellos es la distinción entre códigos digitales (cuyo ejemplo más acabado es el lenguaje hablado) y códigos analógicos. Se suele entender con esta dicotomía que los primeros están constituidos por unidades discretas y combinables,

mientras que los segundos se desarrollan en materias significantes continuas en las que no emergen unidades claramente diferenciadas. Es como si la semiosis ocurriera entre, “por un lado los fenómenos propiamente lingüísticos (del orden del símbolo en la terminología de Pierce) y, por el otro... todo el resto” (Verón, 1988: 140). Para superar este binarismo, Verón propone reintroducir un tercer término: el índice, que no corresponde ni a lo arbitrario de los signos lingüísticos, ni a lo motivado de los fenómenos icónicos.

El interés de los procesos indiciales es no corresponder a ninguna de esas dos categorías: el humo es con certeza un índice no arbitrario del fuego, pero no se le parece. Un índice es un signo que remite a su objeto no tanto porque tenga alguna semejanza o analogía con él, ni porque se le asocie con los caracteres generales que posee, cuanto porque está en conexión dinámica (comprendida allí la espacial) con el objeto individual, por un lado, y con los sentidos o la memoria de la persona para quien sirve como signo, por el otro. Los índices se pueden distinguir de los otros signos por tres rasgos característicos: en primer lugar, no tienen ninguna semejanza significativa con sus objetos; en segundo lugar remiten a individuos, unidades singulares, o colecciones singulares de unidades; en tercer lugar, llaman la atención sobre sus objetos por ‘impulso ciego’... Dos campos fundamentales de la discursividad pueden ser tratados...: los comportamientos sociales en su dimensión interaccional y las estructuraciones de los espacios sociales, incluyendo entre estos a los sistemas de objetos; constituyendo la articulación entre ambos campos la *materialidad significativa* de la semiosis social (Verón, 1988: 140-141).

Con base en la conexión dinámica entre los índices, el objeto individual y las sensaciones (o la memoria de ellas) en la persona para quien sirve como signo (el interpretante en la semiótica peirceana), Verón procede a desarrollar un análisis de la significación de los gestos y las secuencias conductuales donde

El nivel de funcionamiento indicial [el lazo *existencial* entre el signo y su objeto] es una red compleja de reenvíos sometida a la regla metonímica de la contigüidad: parte/todo; aproximación/alejamiento; dentro/fuera; delante/detrás; centro/periferia; etcétera. El pivote de este funcionamiento, que llamaré la *capa metonímica de producción de sentido*, es el *cuerpo significativo*. El cuerpo [del sujeto] es el operador fundamental de esta tipología de contacto, cuya primera estructuración corresponde a lo que Piaget llamaba el periodo sensomotriz anterior al lenguaje (Verón, 1988: 142).

Así, el cuerpo del sujeto es significativo en muchos sentidos porque es el eje en el que opera su percepción de sí mismo y de lo demás. La naturaleza y el funcionamiento de este cuerpo conforman una capa metonímica de producción de sentido que promueve el principio de similaridad (mímesis) y el de complementariedad. Esta última se produce en aquellas conductas que desencadenan otras de naturaleza diferente pero que tienen con las primeras un enlace específico de correspondencia. Se forman así relaciones de términos en pareja, tales como: dominación/dependencia; sadismo/masochismo;

exhibicionismo/voyerismo; temor/huida; etcétera. Es interesante, dice Verón (1988: 141-142), que todos los temas asociados con las zonas erógenas –intrusión, invasión, exclusión, eyección, retención– son complementarios. En segundo lugar, están los temas relacionados con la locomoción y la mecánica corporal: soporte, equilibrio, levantarse y caer, alcanzar, agarrar, etc. Una tercera categoría de temas complementarios es la que incluye asociaciones a los órganos de los sentidos: comprender, ignorar, prestar atención, etcétera.

Otros dos temas importantes de interacción complementaria, muy estrechamente ligados entre sí y con los tres tipos arriba señalados (el de las zonas erógenas, el de la mecánica corporal asociada a la locomoción y el que está inscrito en los órganos de los sentidos), son las relaciones progenitor/niño y sujeto/territorio. Los temas de las zonas erógenas sin duda alguna están estrechamente ligados con los temas de las relaciones progenitor/niño y los temas del territorio deberían entenderse como una extensión del dominio del cuerpo. Cabe señalar que las emociones se presentan como una conmoción del cuerpo sensible.

La capa metonímica de producción de sentido tiene inicialmente la forma de una *red intercorporal de lazos de complementariedad*. Esta red está constituida por reenvíos cuya economía reposa en la regla de contigüidad: el sentido de la conducta de demanda del niño se produce como reenvío a la conducta alimentadora o protectora de la madre (así como el sentido del comportamiento exhibicionista, por el que un cuerpo se *muestra*, se realiza en la mirada de otro cuerpo). Tenemos frente a nosotros un sistema de deslizamientos intercorporales, dinamizado por las pulsiones... Cada unidad de conducta pierde de este modo su univocidad ‘orgánica’ inicial y deviene el ‘lugar de paso’ de una pluralidad cada vez más compleja de reenvíos metonímicos (Verón, 1988: 143).

Desde el lado de la interpretación, otro principio, el de equivalencia, pone en marcha operadores que permiten procesos de abstracción y generalización que estructuran niveles parcialmente diferenciados del cuerpo presente físicamente. Ahora bien, el tejido inter-corporal, es decir, los reenvíos sígnicos entre los cuerpos de los sujetos en el acto de comunicación, no contiene huellas de estas operaciones, porque no puede haber en él actividad metalingüística propiamente dicha. Sólo la lengua, gracias a su linealidad, es decir al grado limitado de su libertad para significar, conserva en ella misma las operaciones que la constituyeron. Por el contrario, la materia significativa de esta trama inter-corporal tiene muchos grados de libertad para comunicar. En ella descansa en gran medida la posibilidad de los medios de comunicación audiovisual para connotar muchos significados no verbales.

Es interesante advertir que el cuerpo y los objetos no soportan únicamente los comportamientos indiciales y metonímicos, sino que también sostienen una función de quali-signo icónico, en tanto se representan, se figuran a “sí mismos”, sin un segundo término, sin ningún “otro”. Eso pasa con el sentimiento

producido al escuchar un pedazo de música que es el signo de ese pedazo de música, o con un olor a rosa que no reenvía a nada más que a ese olor a rosa. Las múltiples combinaciones posibles entre el signo icónico y el indicial, hacen que en los cuerpos significantes, tal como quedaron antes definidos, exista una indiferencia a la contradicción y una confusión posible entre significado y significante. Todo ello es propio de los procesos que el psicoanálisis llama primarios, cuyas características “son inevitablemente las (...) de todo sistema de comunicación entre organismos que sólo pueden utilizar la comunicación icónica. Esta misma limitación es la del artista y del que sueña, así como del mamífero pre humano y el pájaro.” (Verón, 1988: 146).

En el tejido multidimensional de redes de reenvíos inter-corporales, ciertos trayectos serán prohibidos y ciertas secuencias serán privilegiadas. De este sometimiento del cuerpo a la ley social por la intervención masiva del lenguaje, surge la imagen del cuerpo propio (en el sentido de “pertenencia” y de “corrección”). Así, el sujeto está hecho al fin y al cabo de los tres órdenes de la semiosis social: el icónico, el indicial y el simbólico, tercer término este último que interviene en virtud de la enunciación de una regla, una ley, o una asociación de ideas generales.

Se podría decir que el surgimiento de la cultura y la constitución del lazo social se define por la transferencia de estos tres órdenes sobre soportes materiales autónomos en relación con el cuerpo significante: desde el arte rupestre de la prehistoria hasta los medios electrónicos, la cultura implica un proceso por el cual materias significantes distintas del cuerpo son investidas por los tres órdenes del sentido. El extraordinario dinamismo de las pinturas primitivas [está marcado] por el tejido metonímico del contacto; lo que así se representa no es sólo analógico sino también (y quizá sobre todo) el sistema de relaciones metonímicas que inviste los lazos entre el hombre y los animales. La presencia de los tres órdenes en cualquier discurso proviene del hecho de que el sujeto significante es el *invariante universal*, podríamos decir, del reconocimiento del sentido (Verón, 1998:149).

5. *Un ejemplo de análisis de índices, íconos y símbolos*

La compleja explicación que antecede esta red metonímica inter-corporal del discurso nos lleva a concluir sobre la importancia y la dificultad de interpretar las intenciones de quienes componen mensajes para impresionar a sus destinatarios, y a advertir que la tópica de la retórica de los efectos conmovedores mencionada por Charaudeau (2011: 110), puede dejar escapar señales muy reveladoras, aunque no hayan sido intencionalmente expuestas. Tal es el caso de la imagen en el texto que reproducimos a continuación, en la que el propósito consciente de informar sin palabras pertenece sin duda al fotógrafo que captó la instantánea, pero no sabemos en qué medida lo fue para el personaje político fotografiado que muestra un gesto de desagrado y desaprobación.

EL PAÍS

EL PAÍS SEMANAL

LA IMAGEN »

Sintaxis facial

Soraya Sáenz de Santamaría, sale a las ruedas de prensa con apariencia de humildad. Pero si algún periodista pide aclaraciones, el gesto se le tuerce.

JUAN JOSÉ MILLÁS | 17 ENE 2013 - 18:30 CET

Archivado en: Soraya Sáenz de Santamaría Crisis económica Opinión PP Gobierno de España Prensa Gobierno España



ÁLVARO GARCÍA

La barbilla ligeramente elevada indica ese grado de vanidad inconsciente que los fotógrafos caritativos intentan corregir pidiendo al fotografiado que la baje. Las cejas, también en posición ascendente, denotan interrogación. Pero no solo, pues al combinarse con el gesto de los labios, levemente fruncidos en un gesto de paciencia contenida, añaden a la interrogación un insulto silencioso.

—A ver qué vas a preguntar ahora, idiota.

El idiota viene subrayado también por la mirada insolente de quien pone en

duda la salud mental del interlocutor. Se trata de un gesto habitual en la vicepresidenta. Yo, se dice a sí misma, salgo a la rueda de prensa con buena disposición, incluso con una apariencia de humildad que pocos de mis predecesores han logrado igualar. Y me mantengo en ese tono el tiempo que sea necesario ofreciendo a los periodistas el menú del día, que es siempre el mismo: que congelamos las pensiones sin congelarlas, que subimos el IVA sin subirlo, que privatizamos la justicia sin privatizarla, etcétera. Ya deberían estar acostumbrados a este tipo de afirmaciones negativas. Una no sale aquí para aclarar nada, sino para confundirlo todo. ¿A qué esa insistencia entre el sí y el no que jamás ha pertenecido a la cultura del Gobierno que me honro en vicepresidir? Ante tal insistencia, no tengo otro remedio que poner en marcha la sintaxis facial que ustedes pueden observar en esta imagen. Así, mientras el periodista formula verbalmente su pregunta, yo formulo facialmente la mía:

—¿Es usted idiota o qué?

Y funciona, de momento funciona.

© EDICIONES EL PAÍS S.L.

A pesar de su aparente simplicidad, la composición de esta página aparecida en *El País Semanal* (EPS) el domingo 20 de enero de 2013 es bastante compleja. Por eso sostengo (Vilar, en prensa), apoyada en Verón (1998) citado arriba, que el análisis del discurso debe ser trans-lingüístico. La reproducción electrónica no es idéntica a la que apareció impresa pero conviene a los fines de la exposición de este mini análisis semiótico-discursivo y se la puede encontrar en http://elpais.com/elpais/2013/01/16/eps/1358339194_910668.html.

En el soporte en papel, *EPS* presenta siempre, salvo casos de excepción, en una página fija de la revista, una foto periodística interpretada por Juan José Millás. Las palabras LA IMAGEN, escritas en la parte superior izquierda de la página, en mayúsculas con un tipo de letra distinto y más chico que las del resto del artículo, *indican* que se trata de una columna fija, es decir, de un género del discurso periodístico. Al título de la columna le sigue, abajo y centrado, escrito en mayúsculas muy grandes, el título que el autor da a su colaboración semanal, que en este caso es: SINTAXIS FACIAL. Como todo título, se trata de una interpretación condensada, en este caso, de la fotografía del rostro de la Vicepresidenta del Gobierno español. El enunciado mínimo del título ironiza sin duda sobre la expresión ¿involuntaria? del personaje retratado. Siguen abajo dos renglones que interpretan con palabras de manera sintética porque a la Vicepresidenta “se le torció el gesto” y funcionan como anclaje entre el título del artículo y la imagen fotográfica. En el centro de la página, ocupando dos terceras de la misma, aparece “el atractivo visual” de la colaboración semanal de Millás, que es siempre una foto periodística que capta un instante de la vida social.

La relación entre la imagen que “habla por sí misma” (signo icónico) y la interpretación escrita del autor de la columna (elaboración simbólica) es la pieza clave de esta columna de opinión. Se trata casi siempre de una fotografía periodística seleccionada por ser muy expresiva por sí misma. El 20 de enero de 2013 ocupó un tercio de la página impresa y es seguida por una explicación escrita desarrollada en dos párrafos, cada uno de ellos seguido por una breve coda o estribillo (llamado colofón en la jerga periodística). Es importante reparar en todos estos detalles del formato editorial porque, por un lado, responden a rutinas y hábitos profesionales que permiten a los medios programar y emitir un discurso reiterado en sus aspectos formales, y a los receptores, reconocer y anticipar los contenidos y las formas de ese discurso, todo lo cual tiene que ver con el establecimiento de géneros y formatos.

En los dos párrafos escritos que siguen a la foto, Millás *interpreta* de manera simbólica, es decir, argumenta por medio de la lengua escrita, lo que él piensa que manifiesta o *indica* la cara de la protagonista de la fotografía. Se trata de un análisis icónico e indicial no académico vertido en la linealidad propia de la lengua donde el sujeto de la enunciación (el autor de la columna) puede inscribirse sin ambages. Para él, el rostro retratado muestra paciencia contenida, insulto silencioso, interrogación insolente y desagrado que pone en duda la salud mental de su interlocutor (el periodista que, en una rueda de prensa, le hace preguntas). Es interesante constatar que el capítulo que Darwin (2006: 239-260) dedica a la expresión del desdén, el desprecio, el disgusto, la culpabilidad, el orgullo, la impotencia, la paciencia, la afirmación y la negación corresponde punto por punto con la interpretación de Juan José Millás sobre el rostro de la Vicepresidenta del Gobierno español. Con este ejemplo cuyo

análisis está respaldado por nociones teóricas de, entre otros, Charles Darwin, se puede constatar que los signos icónicos e indiciales de las emociones, sean estas espontáneas o intencionales, se entienden de manera universal.

Pero quedan más puntos que analizar sobre las intenciones diferenciadas y diferidas de la fotografiada, el fotógrafo, el autor de la columna y el consejo de redacción de *EPS*. Uno de ellos es la opinión de los lectores miradores de imágenes asiduos a la revista, pero podemos deducir que coinciden con la de Juan José Millás. Otro aspecto que faltaría tomar en cuenta es que el periodismo de opinión política, y cualquier género o macro género del campo periodístico, opera siempre a través de una red de reenvíos, implícitos y presuposiciones, manejados en una lógica informal, que sólo los que forman parte de este campo, ya sea como productores del discurso o como consumidores asiduos, pueden entender.

Basada en mi lectura reiterada de la prensa española, interpreto en el ejemplo analizado que Juan José Millás alude sin nombrar al titular del Gobierno español actual, Mariano Rajoy, que acostumbra afirmar negando para confundirlo todo. Por eso, ante la insistencia de algún reportero por mayor claridad, se supone que la vicepresidenta no puede más que preguntar sin palabras ¿Es usted idiota o qué?, actitud agresiva y táctica política que pudiera haber dejado de ser efectiva pues, en el mes que se tomó esta foto (septiembre de 2013), la expectativa de voto para el Partido Popular empezó a sufrir una caída espectacular.

En cualquier caso, parece ser que la expresión de las emociones puede construir por sí misma un discurso más indicial que lingüístico, y más verdadero cuando no es estratégico, porque “el cuerpo nunca miente” según la máxima, de John Ray (naturalista inglés que vivió en el siglo XVII). Esto explica la habilidad de los actores del teatro, el cine y la televisión que son capaces de apropiarse de las emociones de sus personajes, de sentirlas en su propio cuerpo y de transmitir las así a los espectadores. Nos encontramos entonces con la puesta en escena para producir efectos de emoción que persigan fines nobles o artísticos, o que se basen en intenciones persuasivas no tan nobles, sobre todo políticas o comerciales.

6. Conclusiones

Traté en este artículo de mostrar que la disciplina del análisis del discurso cumple mejor sus objetivos cuando incluye entre sus presupuestos y métodos consideraciones de orden semiótico. Esto es así porque el discurso no está hecho sólo de palabras sino que descansa en soportes materiales cuya densidad cultural y física debe ser tomada en cuenta. En este sentido, el hecho de que las emociones se producen en el cuerpo sensible de los sujetos y que son expresadas como íconos de sí mismas y como índices de otra cosa, constituye una dimensión socio-semiótica-discursiva que no debería ser relegada. Por eso,

aunque el mayor apoyo teórico proviene de Peirce, expuse el pensamiento de Eliseo Verón sobre la red metonímica de los cuerpos significantes, ya que en esta red descansan las operaciones discursivas de la comunicación humana en general y de los medios audiovisuales en particular. Finalmente, pienso que la expresión de las emociones forma parte de una intencionalidad compleja que, a lo largo de una línea imaginaria, se inicia con la expresión no controlada del cuerpo sensible y llega hasta la elaboración de usos estratégicos muy sofisticados, perversos casi siempre en el campo político, pero maravillosos a veces en el campo de la producción artística.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAJTÍN, M. (1982). *Estética de la creación verbal*. México: Siglo XXI.
- BARTHES, R. (1984). *Fragmentos de un discurso amoroso*. México: Siglo XXI.
- BENVENISTE, E. (1991). *El aparato formal de la enunciación. Problemas de lingüística general II*. México: Siglo XXI.
- CHARAUDEAU, P. (2011). Las emociones como efecto de discurso. *Versión*, 26: 97-118.
- CHARAUDEAU, P. (2003). *El discurso de la información. La construcción del espejo social*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- DARWIN, C. (2009 [1872]). *La expresión de las emociones*. Navarra, España: Editorial Laetoli.
- DORRA, R. (2011). *La casa y el caracol. Materiales sensibles del sentido (2)*. México: Plaza y Valdés.
- GREIMAS, A. J. y FONTANILLE, J. (1994). *Semiótica de las pasiones. De los estados de cosas a los estados de ánimo*. México: Siglo XXI.
- GUTIÉRREZ, S. y PLANTIN, C. (2010). Argumentar por medio de las emociones: la campaña del miedo. *Versión*. 24: 41-69.
- JAKOBSON, R. (1963). *Essais de linguistique générale*. Paris: Les Éditions du Minuit.
- MATURANA, H. (2012). *Del ser al conocer*. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
- MILLÁS, J. J. (2013). Sintaxis facial. *El País Semanal*, 16 de enero de 2013. Disponible en: http://elpais.com/elpais/2013/01/16/eps/1358339194_910668.html
- PEIRCE, C.A. (1974). *La ciencia de la semiótica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- SARTRE, J. P. (2005 [1945]). *Bosquejo de una teoría de las emociones*, Madrid: Alianza Editorial.
- SOLMS, M. y TURNBULL, O. (2005). *El cerebro y el mundo interior. Una introducción a la neurociencia de la experiencia subjetiva*. México: Fondo de Cultura Económica.
- VERÓN, E. (1988). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la subjetividad*. Barcelona: Gedisa.
- VERÓN, E. (1996). *Conducta, estructura y comunicación. Escritos teóricos 1959-1973*. Buenos Aires: Amorrortu.
- VILAR, J. (2005) Campos, géneros y formatos del discurso radiofónico. *Anuario*

de Investigación, 2004: 218-240.

VILAR, J. (2009). Expresión de las emociones: lenguaje gestual y palabra. Ponencia presentada en el *VI Coloquio del Departamento de Educación y Comunicación*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

VILAR, J. (en prensa) Acción social y discurso. El retorno al futuro de Eliseo Verón. *Anuario de investigación*, 2013.

JOSEFINA VILAR ALCALDE es profesora-investigadora de la Unidad Xochimilco de la Universidad Autónoma Metropolitana. Doctora en Lingüística en su primera formación, se ha ocupado de las dimensiones económicas, políticas y legales de los medios de comunicación, entendidos principalmente como industrias de la cultura, y también de la configuración material de sus discursos desde el punto de vista semiótico. Actualmente lleva a cabo una investigación titulada *El cuerpo signifiante: expresión somática y verbal*.

Correo electrónico: pocholava@hotmail.com